

Para Jake y Nick

Prólogo

Acaban de invitarme a una sofisticada celebración en Tuxedo Park, organizada por una de las mejores familias de Manhattan. He jurado guardar el secreto, pero prometo a mis fieles lectores informarles de todo cuando la semana llegue a su fin y los rumores sean ya de dominio público...

De los ecos de sociedad del *New York Imperial*,
domingo, 31 de diciembre de 1899

Se ha vuelto casi habitual que las clases bajas de Nueva York vean a los miembros de nuestra aristocracia local en las calles de su ciudad mientras acuden a desayunar a Sherry's tras una de sus grandes fiestas o disputan carreras de trineos en Central Park, ese gran punto de encuentro que no entiende de clases sociales. Pero aquí, en el campo, es distinto. Aquí los ricos no tienen que soportar la humillación que supone ser espiados por miles de ojos. Aquí, en las colinas nevadas, a sesenta y cinco kilómetros al noroeste de Manhattan, no pueden afectarles los negocios, el bullicio ni los actos de violencia que tienen lugar en la ciudad. Porque ellos y solo ellos tienen permitida la entrada.

En aquellos últimos y gélidos días del año 1899, la alta sociedad había escapado de la ciudad sin hacer ruido, en pequeños grupos, de acuerdo con las instrucciones impartidas por sus anfitriones. Los últimos invitados llegaron a Tuxedo Park la víspera de Año Nuevo a bordo de un tren especial que les dejó en el andén de la estación privada del famoso club. Los trenes especiales, que transportaban orquídeas, caviar, carne de caza y cajas de champán Ruinart, se habían sucedido a lo largo de toda la tarde. Y ahora llegaban los Schermerhorn y los Schuyler, los Vanderbilt y los Jones, que eran recibidos por unos carruajes recién pintados de verde y dorado, los colores de Tuxedo Park, y decorados con campanas conmemorativas de plata de Tiffany & Co., que les conducían a toda velocidad, sobre la nieve recién caída, al salón de baile en el que iba a celebrarse la boda.

Los que tenían su propia residencia afectadamente rústica —una de esas casas de campo con musgo y líquenes, cuyo nombre aparece grabado en una placa en la fachada— se marcharon para refrescarse. Las damas habían llevado consigo las joyas familiares, tembladeras de diamantes para el pelo y guantes de seda. El equipaje contenía sus mejores vestidos, los más nuevos, aunque varias ya habían perdido la esperanza de exhibirse con los trajes que apenas habían podido lucir a lo largo de aquella temporada marcada por la tristeza. Al personaje más encantador de la vida mundana, miss Elizabeth Holland, se lo había tragado el mar a una tierna edad, y desde entonces nadie se sentía cómodo al mostrar signos de alegría. Los miembros de la alta sociedad se habían sentado a esperar el mes de enero, momento en que por fin podrían escapar para zarpar en cruceros por el Mediterráneo y otros puntos del este. Ahora, con el Año Nuevo a la vuelta de la esquina y una fiesta inesperada a la vista, era probable que el

ambiente volviese a animarse. Mientras se aplicaban perfume detrás de las orejas, un par de mujeres susurraron que al parecer la novia llevaría el vestido de su madre en la ceremonia, lo cual daría un toque de humildad al acto; una dulce tradición que no justificaba que los invitados se vistiesen con ropas anticuadas.

Unos lacayos con librea les acompañaban hasta el salón de baile del edificio principal del club. Mientras les servían ponche caliente en tacitas de cristal tallado, los invitados comentaban la transformación que había experimentado el salón de baile de Tuxedo.

En el centro de su afamada pista de parquet había un pasillo, dibujado con pétalos blancos de rosa, de varios centímetros de grosor. Unos arcos nupciales envueltos en crisantemos y lirios de los valles dominaban el centro de la sala. Mientras empezaban a entrar en fila, los asistentes comentaban en voz baja la exquisita decoración y la gran categoría de los invitados, que se habían asegurado de acudir a pesar del poco margen de que habían dispuesto, pues las invitaciones se habían enviado hacía solo unos días por correo urgente. Estaba mistress Astor, tras su oscuro velo, presente pese a la frágil salud que la había obligado a permanecer en casa durante gran parte de la temporada, lo cual había suscitado rumores de que estaba dispuesta a abdicar el trono como reina de la alta sociedad neoyorquina. La dama se apoyaba en el brazo de Harry Lehr, un soltero encantador cuyo talento para abrir bailes y sacar chistes a colación hacía las delicias de la gente.

Estaban William Schoonmaker y su esposa, abriéndose paso hacia la primera fila. La joven mistress Schoonmaker —segunda dama en llevar ese título honorífico— iba lanzando besos y arreglándose los rubios rizos y la tiara de rubíes. Estaban Frank Cutting y su esposa, cuyo único hijo, Edward *Teddy* Cutting, era muy amigo del

hijo de William, Henry Schoonmaker, aunque desde mediados de diciembre se les había visto salir juntos en pocas ocasiones. Estaban Cornelius *Neily* Vanderbilt III y su esposa, de soltera Grace Wilson, que en su debut en sociedad fue considerada demasiado «fácil» y a punto estuvo de costarle la herencia a su marido. Ahora, sin embargo, tenía un aspecto regio, con su vestido de terciopelo con adornos de encaje y sus elaborados rizos de color caoba, tan Vanderbilt como el que más. Pero para todas las personas de alta cuna que tomaban asiento había notables ausencias. Y es que entre el centenar de asistentes —una lista mucho más restringida que la de los cuatrocientos invitados cuya entrada estaba permitida en el salón de baile de la vieja mistress Astor— había una gran familia que no estaba representada.

Aquella ausencia resultaba extraña para muchos y, bajo la suave música de cuerdas que anunciaba la inminente ceremonia, un par de invitados murmuraron acerca de la misma. Mientras tanto, el viento soplaba alrededor del edificio haciendo relucir los carámbanos que colgaban de los aleros. Los últimos invitados en llegar tomaron asiento a toda prisa y, a continuación, los acompañantes del novio, vestidos con frac negro, se situaron en su lugar.

El último, Teddy Cutting, echó un vistazo hacia atrás para asegurarse de que su amigo estaba listo. Cuando la música se alzó en el aire, la gente hizo un gesto de aprobación al ver que Henry Schoonmaker, con el oscuro cabello engominado hacia un lado y su atractivo rostro imbuido de una nueva madurez, ocupaba su lugar ante el altar. ¿Había una pizca de nerviosismo en sus rasgos desenvueltos? ¿Era emoción o inquietud? Entonces Henry, como todos los presentes de la sala sin excepción, miró hacia el pasillo, donde empezaban a desfilar las jóvenes

más bellas de Nueva York, vestidas de gasa azul celeste. Avanzaban poco a poco entre pétalos de rosa, de una en una, hacia el fondo del salón de baile, esforzándose por reprimir sus sonrisas infantiles.

Cuando sonaron los primeros compases del himno de Wagner, apareció la esbelta novia bajo el primer arco cubierto de flores. La belleza de la muchacha resultaba extraordinaria incluso para su familia y sus amigos, que empezaron a murmurar en sus asientos. Llevaba el traje de novia de su madre, y un enorme ramo de ligeras flores blancas colgaba de sus manos unidas. El ornamentado velo impedía intuir sus emociones, pero la joven avanzaba hacia el altar con paso decidido.

Justo cuando ocupaba su lugar frente a Henry, la puerta se abrió de golpe y apareció un joven miembro del servicio, sin aliento, que habló al oído de la mujer apostada junto a la entrada. Tras la corriente de aire frío llegó un grito ahogado, y a continuación un murmullo casi inaudible. Los susurros intermitentes que habían empezado hacía un rato se duplicaron y luego se triplicaron, hasta crear un fuerte zumbido en la sala mientras el sacerdote daba comienzo a la ceremonia carraspeando. Los ojos oscuros del novio vagaron por la sala, y hasta la novia se puso tensa.

La voz del sacerdote seguía con su insistente cantinela, pero los rostros de los presentes ya no parecían tan plácidos ni alegres. Una incomodidad creciente asaltaba a la clase privilegiada incluso allí, en aquel cálido palacio de invierno en que se hallaba aposentada, cuando se disponía a celebrar la emocionante unión de dos de sus miembros más destacados. Los invitados ponían cara de estupor. Era como si, de pronto, la ciudad que habían dejado atrás no estuviese tan lejos al fin y al cabo. Había sucedido algo que marcaría para siempre su recuerdo de los últimos días de 1899.

En Nueva York hemos vivido unos meses deprimentes a causa de la muerte de miss Elizabeth Holland —una de las jóvenes más queridas de la alta sociedad— y la tormenta de nieve de finales de noviembre, que dejó la ciudad tapizada de blanco durante varios días. Pero la clase alta neoyorquina no ha renunciado a la esperanza de disfrutar de una buena temporada de invierno con veladas en la ópera y alegres bailes. Nos ha llamado la atención más de una vez el reciente refinamiento de miss Penelope Hayes, la que fuera la mejor amiga de miss Holland durante la breve existencia de esta. ¿Habrá heredado miss Hayes su impecable elegancia y su gran simpatía?

De *Cité Chatter*, viernes, 15 de diciembre de 1899

—**D**isculpe, señorita, ¿de verdad es usted?
Hacía un día claro y frío, y mientras Penelope Hayes se volvía despacio hacia la izquierda, donde la multitud se había congregado a lo largo de la estrecha calle de adoquines, exhaló una nube de vaho. La joven enfocó sus grandes ojos azules en el rostro ansioso de una muchacha que no podía tener más de catorce años. Debía

de haber salido de uno de esos bloques de pisos que se alzaban pared con pared, en ángulos imprecisos, tras la masa de gente. Una densa maraña de cables negros colgaba de las azoteas, recortando franjas del cielo. La muchacha llevaba un abrigo negro, tan desgastado que casi era gris, y su tez ya sonrosada se había vuelto de un rojo irregular por el frío. Penelope la miró a los ojos y dibujó con sus carnosos labios una de sus más cálidas sonrisas.

—Pues sí, soy miss Hayes —dijo mientras alargaba la mano enguantada.

Penelope se irguió para impresionar a la muchacha con su esbelta figura, su elegante rostro ovalado y su cutis traslúcido y luminoso. Hubo un tiempo en que era conocida por ser la bonita hija de un nuevo rico, pero últimamente había empezado a llevar los tonos pastel y blancos que preferían las jóvenes más recatadas de su edad, consciente de sus connotaciones nupciales, aunque ese día en particular, dado el estado de las calles, había escogido una tonalidad más oscura.

—Trabajo en Weingarten, la peletería —siguió la muchacha con timidez—. La he visto un par de veces desde la trastienda.

—Pues entonces tengo que agradecerle sus servicios —respondió Penelope con magnanimidad.

Inclinó el cuerpo hacia delante en un gesto que casi podía calificarse de reverencia, aunque el cuello rígido de su abrigo de paño azul marino con ribetes dorados le hacía difícil mover la cabeza de forma verdaderamente humilde.

—¿Le gustaría tener un pavo? —añadió rápidamente mientras volvía a mirar a la muchacha a los ojos.

La fila avanzaba ante ella. La banda de música, que tocaba villancicos, cruzó hasta la manzana siguiente, y Penelope oyó por el megá-

fono la voz de mister William Schoonmaker, que avanzaba justo detrás de la banda. El hombre deseaba unas felices fiestas a la multitud congregada en las aceras y le recordaba con la mayor sutileza de que era capaz quién había costeado su desfile de Navidad. Y es que el desfile había sido idea suya, y era él quien había financiado la banda, la escena itinerante de la Natividad y las aves de Navidad, así como quien había dispuesto que diversas damas y muchachas de su círculo se las entregasen a los pobres. Penelope no podía evitar pensar que ellas eran la verdadera atracción mientras se volvía hacia su fiel amigo Isaac Phillips Buck y metía la mano en el gran saco de arpillera que llevaba.

Incluso a través de los guantes de piel y de la capa de papel de periódico que envolvía el ave, Penelope notó su fría y blanda humedad. El pavo de Navidad prometido pesaba mucho y resultaba difícil de sujetar, y la joven intentó no dar muestras de repugnancia mientras lo sostenía en las manos. La chica miró el bulto con cara inexpresiva y su sonrisa se desvaneció.

—Aquí tiene —dijo Penelope, tratando de no hablar demasiado deprisa y ansiando que aquella joven cogiese el pavo—. Para usted y para su familia por Navidad. De parte de los Schoonmaker... y de una servidora.

El momento se prolongó de forma insoportable hasta que la muchacha volvió a sonreír de repente, abriendo la boca de alegría.

—¡Oh, muchas gracias, miss Hayes! De mi parte... y... y... ¡de parte de mi familia!

Entonces cogió la pesada ave de manos de Penelope y se volvió hacia sus amigas, que se hallaban entre la multitud.

—¡Mirad! —exclamó con voz cantarina—. ¡Miss Penelope Hayes me ha regalado este pavo!

Sus amigas lanzaron un grito ahogado y una mirada tímida al ver la preciada ave en manos de la joven del abrigo entallado. De tanto leer su nombre en las notas de sociedad, les parecía que la conocían. Se presentaba ante ellas como la legítima heredera en el corazón del público que antaño ocupara su mejor amiga, Elizabeth Holland, antes de que esta se ahogara unos meses atrás en trágicas circunstancias. En realidad, Elizabeth no se había ahogado y estaba vivita y coleyendo, algo que Penelope sabía bien, pues ayudó a la «virginal» miss Holland a desaparecer para ir en busca de ese sirviente de la familia del que al parecer estaba enamorada. Y, sobre todo, para que la propia Penelope pudiese reclamar lo que le pertenecía por legítimo derecho: el prometido que Elizabeth había dejado atrás. Su ascenso se acercaba tanto a la perfección que las grandes damas de la alta sociedad, así como los cronistas periodísticos, comentaban entre susurros lo mucho que se parecía ahora a Elizabeth.

Lo cual no era un halago para Penelope —en su opinión, la bondad estaba demasiado valorada—, si bien había empezado a ver que tenía sus ventajas.

Penelope recompensó la cálida y aduladora actitud de la muchacha entreteniéndose un momento más, con los ojos brillantes y una sonrisa de oreja a oreja. A continuación, se volvió hacia Buck, que destacaba con su traje gris a cuadros, su camisa de vestir color ámbar y un abrigo de piel de castor que cubría la extensión de su generoso cuerpo.

—Tienes que sacarme de aquí —susurró—. No he visto a Henry en todo el día, y estoy helada, y si tengo que tocar otro...

Buck la interrumpió con una mirada de complicidad.

—Me ocuparé de todo.

Sus rasgos eran suaves, quedaban atenuados por la carnosidad del rostro, y sus esculpidas cejas rubias le daban un aire astuto. Pasaron varias damas más, con sus amplios sombreros y sus abrigos de elaboradas solapas, seguidas de una banda de música. Penelope se volvió y miró calle arriba, hacia el lugar de donde procedía la voz de mister Schoonmaker, y supo que su hijo, Henry, con sus ojos oscuros y su entonación alborotadora, debía de estar llegando a nuevas calles junto a él. Desanimada, se volvió hacia Buck, que ya había formulado un plan.

Buck medía más de un metro ochenta de estatura, y su imponente cuerpo se expandía hacia fuera. En ese momento se movió, como había hecho ya con tanta frecuencia, para proteger a la muchacha que más se beneficiaba de su lealtad. No había nacido rico —aunque afirmaba estar emparentado con el famoso clan de los Buck, que en aquella época residía sobre todo en grandiosas y viejas mansiones del valle del Hudson que se caían a trozos—, pero resultaba de una ayuda inestimable cuando llegaba el momento de organizar una fiesta, y por ello a menudo recibía buenos regalos. Penelope se cubrió el rostro con el velo del sombrero y lo siguió entre la multitud. Cuando llegaron sanos y salvos al otro lado de la muchedumbre, Buck dejó caer el voluminoso saco de pavos y ayudó a Penelope a subir a una berlina que les estaba esperando.

Mientras Buck le decía unas palabras al cochero, la joven se repantigó en el mullido asiento de terciopelo negro soltando el aire. En el interior, todas las cosas en las que era posible apoyarse tenían la suavidad del plumón, así como todo aquello que se podía tocar era de oro. Penelope notó que sus sienes se relajaban. El mundo volvía a girar sobre su eje. Se quitó los guantes con un movimiento hábil y

a continuación los arrojó por la puerta abierta del carruaje. Antes de subir y sentarse junto a Penelope, Buck echó un vistazo hacia el charco de nieve medio derretida en el que habían ido a caer. Mientras las ruedas empezaban a rechinar contra la áspera calzada, se inclinó hacia delante y sacó una caja de madera pulida de debajo del asiento.

—¿Guantes de cabritilla? —dijo—. ¿O preferirías seda?

Penelope examinó sus dedos blancos y esbeltos mientras se frotaba las manos. Casi todas las muchachas como ella, hijas de empresarios, presidentes de bancos o directores de sus propias compañías de seguros, se cambiaban de guantes tres o cuatro veces al día: para la merienda, la cena y las íntimas veladas musicales. Pero como Penelope pensaba que sus manos eran superiores, prefería cambiarse de guantes diez u once veces al día. Nunca volvía a llevar el mismo par de guantes, aunque gracias a su virtud recientemente descubierta los donaba de vez en cuando.

—Cabritilla. Fuera no hace calor, y nunca se sabe con quién te puedes encontrar en la calle.

—Desde luego —respondió Buck mientras sacaba un par cosido a mano—. Sobre todo cuando soy yo quien le da instrucciones al cochero.

—Gracias.

Penelope se subió los guantes hasta las muñecas, y volvió a sentirse ella misma, lo cual siempre era agradable.

—Hoy todo el mundo te adoraba —siguió diciendo Buck con tono pensativo.

—Ojalá no fuesen todos tan insoportables. —Penelope apoyó su linda cabeza en el terciopelo—. Pero, bueno, ¿cuántos pobres caben en Nueva York? ¿Y nunca se cansan del pavo? Me duele la cara de

tanto sonreír —añadió, llevándose los dedos cubiertos de cabritilla a sus finos y altos pómulos.

—Es aburrido tener que aparentar ser buena... Pero tú nunca has sido de las que pierden de vista un objetivo —dijo en tono delicado.

—No —convino Penelope—. Y no lo he hecho.

El carruaje se detuvo justo en ese momento, y Buck apoyó la mano en la pequeña manivela de oro para bajar la ventanilla. Penelope se inclinó sobre él y vio que habían llegado al cruce en el que estaba la cabeza del desfile. Allí se encontraba William Schoonmaker, alto y corpulento con su traje de paño negro, y junto a él se hallaba la segunda mistress Schoonmaker, de soltera Isabelle de Ford, que se veía muy joven y hermosa vestida con pieles y encaje. La pareja aparecía enmarcada por el desfiladero que formaban los bloques de pisos, y se detuvo al ver el carruaje que se cruzaba en su camino. Al instante, Henry se les acercó hasta situarse a su lado.

Al verlo, Penelope contuvo el aliento. Hubo un tiempo en que veía a Henry Schoonmaker casi a diario, cuando eran íntimos amigos y estaban familiarizados con todos y cada uno de los rincones secretos de las mansiones familiares, que permitían un comportamiento poco apropiado para las hijas solteras de la alta sociedad. Habían hecho la clase de cosas que las chicas como Elizabeth Holland jamás habían hecho... Hasta que un día Henry anunció su compromiso con esta última en una cena a la que había asistido Penelope. Era para hacer vomitar a cualquiera, y eso fue lo que hizo Penelope a continuación.

A partir de entonces su violenta reacción ante aquella noticia detestable se había visto moderada por la comprensión, gracias a la ayuda de Buck. Su amigo le había hecho notar que el viejo Schoon-

maker era un hombre de negocios de grandes aspiraciones —aspiraciones a la alcaldía— a quien sin duda le gustaba la idea de que la novia de su hijo fuese tan estimada socialmente. Penelope estaba convencida de que, si Elizabeth podía, ella también era capaz, por lo que había empezado a transformarse en la perfecta nuera en potencia.

Desde entonces había estado cerca de Henry en pocas ocasiones, y al verlo en ese momento le pareció recibir una dosis concentrada de él. El joven era una delgada figura de negro, y bajo la larga ala de su sombrero de copa Penelope pudo ver su atractivo perfil aristocrático. Aún llevaba una cinta de luto en el brazo izquierdo, la cual observó Penelope mientras ardía en deseos de que Henry la mirase a los ojos. Sabía que lo haría. Y en efecto, así lo hizo al cabo de unos segundos. Penelope le sostuvo la mirada con tanto pudor como le fue posible, le dedicó una sonrisa sesgada y luego volvió a cubrirse el rostro con el velo.

—¡Ha sido un desfile precioso, mister Schoonmaker! —gritó por la ventanilla, apoyando la mano en el cristal a medio alzar.

Mientras se acomodaba en el asiento de terciopelo del carruaje, Penelope oyó que Buck ordenaba avanzar al cochero. Sin embargo, no pensaba en el lugar al que iba, sino en Henry y en lo poco que faltaba para que abandonase el luto por la muerte de Elizabeth. La joven imaginó que en ese momento él estaría recordando la clase de muchacha que había bajo aquel barniz de virtud y todo lo que había sucedido entre ellos. Y esta vez, no se trataría solo de besos furtivos en pasillos oscuros. No habría secretos ni humillaciones. Esta vez sería de verdad.

Últimamente, los miembros de la alta sociedad neoyorquina andan preocupados por uno de los suyos. Aunque mistress Holland —cuyo criterio y gusto fueron en su día objeto de gran admiración— está de luto por la muerte de su marido desde hace casi un año, de todas formas sus escasos recursos han llamado la atención. Algunas voces insinúan que la fortuna de los Holland ha disminuido con el paso de los años y que la familia del difunto mister Edward vive casi en condiciones de pobreza en Gramercy Park. Tras el fallecimiento de su hija mayor, la encantadora Elizabeth, que tenía que casarse con mister Henry Schoonmaker, sin duda mistress Holland estará considerando las opciones matrimoniales existentes para su otra hija, Diana, que a sus dieciséis años es aún muy joven y ha sido vista en público sin sombrero.

De la página de sociedad del *New-York News of the World Gazette*,
viernes, 15 de diciembre de 1899

Las desnudas ramas giraban frenéticamente en torno al pequeño estanque congelado de Central Park. Se movían en sentido ho-

rizontal, entre una franja gris de cielo y una masa de personas con las mejillas enrojecidas por el frío y cada vez más rápida y borrosa hasta que, de pronto, Diana Holland clavó la punta de su patín en el hielo y se detuvo de repente. Rebosante de vitalidad, inspiró para afianzarse, sintiéndose mareada y afortunada al mismo tiempo de estar viva y disfrutar del vigorizante aire invernal.

Entonces vio a su compañero de esa tarde, Percival Coddington.

—Miss Holland —dijo mientras se le acercaba renqueante.

Aunque Diana sentía una fuerte necesidad de alejarse de Percival, no pudo evitar temer un poco por él —y por cualquier persona que tuviese la mala suerte de hallarse en su radio de acción— al ver cómo avanzaba a trompicones sobre la punta de los patines y agitaba los brazos tratando de recuperar el equilibrio.

Diana hacía grandes esfuerzos por no reírse de él. Percival —como ya había descubierto— no soportaba que se rieran de él. Había encajado todas sus bromas de esa tarde con mal humor, y en varias ocasiones le había hecho notar que no se comportaba como creía que debía hacerlo una joven casamentera. En situaciones así, lo único que podía hacer una muchacha era reírse, aunque Diana hacía todo lo posible por frenar el impulso. En ese momento, para que no se fijase en la expresión divertida de su rostro, la joven le tendió la mano.

—Miss Holland —repitió Percival mientras la agarraba con más fuerza.

Diana se alegró de que su palma estuviese separada de la de él por dos capas de guantes y rezó en silencio para que él no la arrasrase al suelo.

—Mister Coddington, miss Holland era mi hermana, y aún lo es para mí. Yo preferiría que me llamase miss Diana.

Percival, cuyo pelo parecía un felpudo grasiento y cuyas fosas nasales se abrían de forma grotesca, bajó los ojos con gesto respetuoso. Diana no había sido del todo sincera al decir aquello. Pese a la afectada pose de riguroso duelo y profunda melancolía que había adoptado en los dos últimos meses, no había perdido a su hermana ni se sentía especialmente desanimada. No obstante, le parecía tener justificación para manipular la trágica pérdida de su hermana mayor, pues era la prematura marcha de Elizabeth de Nueva York lo que había provocado una infinidad de tardes como esa, pasadas en compañía de solteros pudientes y detestables. Y es que, una vez superada la conmoción inicial por la pérdida de Elizabeth, su madre había transferido su ambición de lograr un matrimonio ventajoso de la primera hija a la segunda, pese a la mala salud que había padecido durante gran parte del otoño.

Era mistress Holland quien había insistido en que Diana aceptase ese día la invitación de Percival para patinar sobre hielo, y también era ella —eso suponía Diana— quien había sugerido la actividad en primer lugar. Aunque Percival le resultaba desagradable en más de un sentido, la razón más apremiante de que Diana quisiera liberar su mano de la de él era que su corazón pertenecía a otra persona. Y aquello no era algo que una mujer como mistress Holland fuese a tolerar.

Además, era muy propio de Elizabeth ausentarse de la vida de Diana en el momento en que Liz tenía por fin una historia interesante que contar. La joven se había visto empujada a fingir su propia muerte por amor hacia un muchacho llamado Will Keller, el cochero de la familia, lo bastante atractivo para que Diana se hubiese preguntado en más de una ocasión qué se sentiría al besarle. En la simulada muerte estaban implicados el río Hudson y Penelope Hayes, la trai-

cionera amiga de Elizabeth, tras lo cual la mayor de las Holland se había marchado a California en busca de lo que debió de ser un amor muy angustioso y fascinante a la vez. Pero desde que tuvo conocimiento del romántico engaño de su hermana, Diana solo había recibido una información muy imprecisa acerca del paradero de Elizabeth.

Y así, aunque Diana apoyaba a su hermana en su búsqueda del amor verdadero, y aunque sentía una gran curiosidad, no podía dejar de pensar que una de sus consecuencias negativas era su propia exposición a una campaña matrimonial de la que ella no era el objeto ideal ni deseado.

Mantuvo la mirada triste mientras patinaba junto a Percival, a través de la multitud de personas alegres con voluminosos abrigos, convencida de que si seguía aparentando un estado de ánimo decaído él seguiría viendo frustrados sus intentos de hablarle. Con su rostro en forma de corazón y sus brillantes ojos oscuros gachos, se fijó por primera vez en la grieta que había en el hielo.

—Lamento haberle hecho pensar otra vez en miss Holland —dijo Percival con voz entrecortada mientras Diana tiraba de él hacia el costado del agujero, junto a la orilla del estanque—. Usted no se le parece demasiado, pero eso no significa que no merezca tanto apoyo como cualquiera.

Diana notó la humedad de la palma de su acompañante, que se filtraba a través del guante de punto, y no pudo evitar compararlo con su soltero preferido, superior a Percival en todos los sentidos.

—¡No pasa nada! —replicó, ardiendo en deseos de retirar la mano.

Diana mitigó su irritación ante ese comentario, recordándose lo insignificantes que eran las posibilidades que tenía Percival de volver a acompañarla a ninguna parte. Por supuesto, su escaso parecido con

su hermana no le había impedido a él lanzar varias miradas de soslayo a su figura. La joven se impulsó con fuerza contra el hielo dos veces. Al aumentar la velocidad, el peso muerto de Percival Coddington dio una sacudida detrás de ella mientras giraban en torno a la pista. Diana volvió la cara hacia él con gesto tímido, esbozando despacio una sonrisa seductora.

—Seguro que puede patinar más deprisa, mister Coddington.

El padre de Percival era empresario, y su madre, la tercera hija, tísica y poco atractiva, de una rama de la familia Livingston. Resultaba evidente para cualquiera que se molestase en fijarse que la personalidad del hijo mayor de la pareja se parecía a la de su madre. Desde que Percival heredó la fortuna de su padre, no se había distinguido ni en los negocios ni en sociedad, aunque era bien sabido que coleccionaba armas de otras culturas. Sin embargo, no tenía fama de ser valiente ni de tener los pies especialmente ligeros. Mientras Diana avanzaba, los chillidos de los niños y la música lejana, los árboles, el cielo e incluso el frío empezaron a desvanecerse en su conciencia. Ahora daba vueltas por la pista con determinación y notaba un calor creciente en las pantorrillas mientras los patines se movían contra el hielo. Se aproximaban de nuevo a la grieta, y Diana vio el agua oscura a través de ella.

Diana le dedicó a Percival otra ligera sonrisa, dio dos zancadas hacia delante y entonces retiró la mano de un tirón. Para disimular la intención del movimiento, giró sobre los patines y agitó los brazos en un gesto de entusiasmo mientras empezaba a patinar hacia atrás. Percival la miró con sus ojos demacrados y separados, y por un instante pareció impresionado por la acrobacia de Diana, que pronto se puso a dibujar círculos con los brazos en un intento de recuperar el equilibrio, cuando se hizo evidente que no sabía girar. Los patines

impulsaban a Percival en línea recta y, cuando vio hacia dónde le llevaban, su rostro quedó paralizado de terror. Diana no esperó para presenciar la inevitable caída del joven. Continuó retrocediendo suavemente a través de la multitud mientras sus brillantes rizos castaños rozaban su pequeña y puntiaguda barbilla.

Cuando oyó los gritos de socorro y vio que la multitud se precipitaba hacia el agujero en el hielo, tuvo la certeza de que a Percival no le sucedería nada. Se llevó a la cara la mano enguantada y se permitió unas risitas. Ahora se sentía mucho más ligera sobre el hielo, y muy satisfecha de sí misma por demostrarle a Percival que, aunque ella no era tan buen partido como su hermana, seguía sin estar en venta. Un breve baño en agua helada le recordaría que estaba muy lejos de merecer a ninguna de las Holland como novia, y Diana solo lamentó que Henry Schoonmaker no estuviese allí para apreciar la orquestación de aquel merecido desquite.

Hacía más de un mes que no hablaba con Henry. Él también estaba de luto por Elizabeth, y aunque su compromiso con ella nunca fue por amor, ignoraba que estuviese viva. Para él, su muerte era real y motivo de mucha reflexión. Pero Diana era su verdadero amor. Al menos, eso le había parecido a ella un mes atrás, la última vez que les hizo a su madre y a su tía Edith una de aquellas visitas marcadas por la melancolía en las que nadie decía una palabra y todos se limitaban a permanecer sentados con cara de sufrimiento, mirando el té tibio. Debía de seguir amándola. Diana estaba segura de ello.

La joven llegó a la orilla del estanque y, no sin dificultad, dio unos cuantos pasos hasta un banco de madera. La multitud había formado un muro en torno al lugar en el que había soltado la mano de Percival. Al otro lado del gentío el paisaje se extendía sereno y

blanco, y el edificio Dakota se elevaba majestuoso por encima de los árboles. Se inclinó para desatarse los patines con los dedos entumecidos por el frío, y antes de que pudiese quitárselos apareció un muchacho de una cabaña cercana con sus botas negras de piel. La joven se metió la mano en el bolsillo del abrigo para darle una propina, pero el chico debía de estar ansioso por no perderse lo que estaba ocurriendo sobre la pista de hielo, porque ni siquiera esperó a recibirla. Diana supuso que nadie podía resistirse al desastre.

Acababa de abrocharse las botas cuando se fijó en un hombre que se había separado de la multitud y se deslizaba por el hielo en dirección a ella. Llevaba un gorro ruso de pieles y un traje de color beige que no parecía lo bastante abrigado para pasar un día sobre el hielo, y patinaba con las manos detrás de la espalda, con desenfado. A Diana aquella pose le recordó a Henry. Cuando la joven se dio cuenta de que tenía los hombros demasiado anchos para ser Henry y de que su figura resultaba algo más corpulenta sintió la abrumadora tristeza de quien despierta de un grato sueño.

Cuando estaba a pocos metros de distancia, el hombre se detuvo, se quitó el sombrero y la saludó con una inclinación de cabeza. Su aspecto le resultaba familiar a Diana: las anchas mejillas, la nariz afilada y la frente de araña; el pelo oscuro y muy corto, y sus ojos de expresión atenta.

—Me temo que su acompañante no va a poder llevarla a casa —dijo mientras volvía a ponerse el sombrero.

—¿De verdad? —respondió Diana en tono inocente—. Ahora entiendo a qué venía todo ese griterío.

—Soy Davis Barnard —siguió él, aceptando su comentario sin darle más vueltas y tendiéndole la mano—. ¿Desea que la acompañe?

—Oh... mister Barnard. Usted es quien escribe los ecos de sociedad del *New York Imperial*, ¿no es así?

El hombre asintió con una ligera sonrisa. Cuando acabó de ponerse los zapatos, ambos caminaron hasta su carruaje en silencio. Diana sabía que era de mala educación permitir que la acompañasen caballeros a los que apenas conocía, pero ella se consideraba poco convencional y, de todos modos, siempre se había preguntado cómo serían de cerca los periodistas. Cuando la joven estuvo acomodada en el asiento de cuero, bajo una manta, mister Barnard comenzó a explicarse.

—¿Sabe? Siempre fui un gran admirador de su hermana... —empezó a decir, mientras los caballos avanzaban y ponían el carruaje en movimiento con una sacudida.

—Sí, lo recuerdo —respondió Diana—. Escribía cosas muy bonitas sobre ella. A mi madre le gustaba mucho.

—Fue una tragedia —dijo el hombre, lo cual obligó a Diana a adoptar la expresión afligida que con tanta frecuencia había mostrado en los últimos meses—. Me resulta muy difícil escribir sobre su familia desde la muerte de su hermana.

Ante ese comentario, Diana optó por permanecer en silencio.

—Pero sigo leyéndolo todo acerca de ustedes, por supuesto. Ese artículo en la *Gazette* de hoy, por ejemplo, que especulaba sobre... —Mister Barnard se interrumpió y observó la reacción de Diana.

La joven no pudo contener el calor que subía a sus mejillas ni trató de disimular su irritación. Era cierto que la familia Holland, una de las más antiguas y respetables de Manhattan, atravesaba una delicada situación económica, y aunque Diana no se consideraba materialista le desagradaba que la compadeciesen.

—¿Sobre qué? —preguntó acaloradamente.